

# Chu Alai, el detective del Jai Alai

Mi primo Wong, el *chino feliz* de Chinatown, mandó a buscarme a la oficina que había habilitado en Union Square de San Francisco, donde viviría en tanto durase el caso del pelotari/cocinero desaparecido una noche de bruma en el barrio de Castro. La última vez que le vieron iba con la txapela de campeón del Santo Cristo de Otadía envuelto en una bandera arco iris y montado en un carro de hipermercado que empujaba un *homeless* de Arlington, Virginia. Tras llegar al barrio de Misiones desaparecieron misteriosamente.

Mi nombre es Chu Alai, mi anterior trabajo lo desempeñé como intendente del frontón de Macao, por eso me llaman así, con ese nombre mezcla vascomandarín. Un cabrón cestapuntista de Berriatua me bautizó de esa manera, con esa socarronería aldeana que destilan en su País Vasco naif –tipo Darío de Regoyos–. En la actualidad me dedico a resolver entuertos detectivescos en cualquier lugar del mundo. Allá donde exista un misterio por desfacer allá que me voy. Mi red de familiares repartidos por los chinatowns del mundo hace posible que no me falte trabajo.

Hoy el dragón multicolor que celebraba el nuevo año chino me ha metido una hostia cuando cruzaba la calle sin mirar. He caído de bruces frente a las imitaciones de los Pierre Cardin de Deng Pong y he acabado con la cabeza en el caldero lleno de agua donde flota una rana de plástico, y que dispone Deng para atraer a la suerte hacia su negocio. Luego ha llegado el *Cable Car* (esa especie de tranvía en cuesta que sale en muchas películas de Hollywood) y casi

me destripa, menos mal que el afroamericano que lo manejaba con una especie de palanca de hace un siglo, lo ha frenado en seco y ha tocado la campanilla fervorosamente como si estuviera en un servicio religioso dominical en Harlem. Me ha recordado el *Héroe del Río* (ya sé que es una película muda de Buster Keaton pero yo siempre me la he imaginado con sonidos de sirenas de tren y campanas de bomberos voluntarios). Acto seguido han saltado los japoneses –Canon/Nikon en ristre– y me han acribillado a instantáneas digitales. Ya se las mandaremos en jpg por e-mail. OK, sayonara.

Como desde la casa de mi primo Wong hasta el muelle sólo hay una larga cuesta abajo me he ido para allí andando, a ver si me espabilaba del percance con la palangana de la suerte. En la bahía que dibuja el Pacífico y que sonorizan los leones marinos en celo, al fondo, emerge la cárcel-isla de Alcatraz, allí las olas te recuerdan que la escapatoria no existe y que uno siempre regresa al lugar del crimen, donde te caza el Karl Malden de turno y te empapela para el corredor de la muerte. Eso es lo que siempre afirmaba Ted Douglas, el alcaide que te agarraba de las pelotas nada más llegar preso a Alcatraz, recordándote que pertenecía a la Asociación Nacional del Rifle por si a alguno se les ocurría escapar con Clint Eastwood.

La brisa de la bahía era fresca y la aprovechaban blandros de vela patroneados por yuppies pasando la tarde. Uno de ellos era el director comercial de una empresa informática de Palo Alto (Silicon Valley) al que conocía mi primo Wong de trapichear con él camisetas de la Universidad de Berkely, falsas por supuesto. Junto a mí, familias chinas se afanaban en pescar los famosos cangrejos de mar de la bahía con un inmenso retel al que habían enganchado

inmensos trozos de pollo y pavo como cebo. Me sequé las gotas de sudor que me caían debajo del sombrero de fieltro, acaricié mi bastón y me preparé para contemplar la puesta de sol entre los arbotantes del Golden Gate.

Llegué a Frisco la semana pasada procedente de Fort Yukon, un lugar en el que la mano de Dios nunca ha puesto el pie (como diría Estefanía), al que las autoridades canadienses me habían enviado para desenterrar el misterio de una caja china de un *inuit* que se la había encontrado entre el fuselaje de una avioneta que hacía línea Dawson City-Sitka. Cuando resolví el caso (la caja sólo contenía los pedidos de la primera lavandería que se instaló en Alaska) me presenté en Vancouver y allí tomé el tren que me llevaría a San Francisco.

El traqueteo del tren me pasaportó a mi Macao natal cuando correteaba por las calles adyacentes al Gran Casino y Fernando Gomes, un portugués de Maputo, me enseñaba como birlarles la cartera a los turistas. Por las noches los farolillos rojos me volvían loco y mi mayor reto era ver cuánto tiempo aguantaba agarrado al calor de las bombillas. Ante mí, la bahía sobre el Mar de China Meridional y el paquebote que todos los años huía del invierno en Lisboa en busca de la humedad asiática.

*Llegamos a la Seattle de la cumbre, Kurt Kobain, Amazon y el Doctor Frasier.*

Con quince años jugué mi primer partido de cesta a punta en el Jai Alai de Macao, mi maestro fue el durangués Chus Uranga y reconozco que el atrapar esas bolas a más de 100 millas por hora

me era excitante, más aún que colarme en el Casino haciendo de guía de alguna dama británica procedente de Hong Kong. En la escuela, a la que acudía en la barca de mi abuelo, me costaba más aprender el cantonés que el portugués. Los ideogramas se me atragantaban más que el alfabeto latino. Vivía en la isla de Taipa, y antes de construirse el puente con Macao las barquichuelas donde pescábamos con los cormoranes en el estuario del Pérola era el único medio de transporte.

*Llegamos a Portland, Oregón. Lluve, aún así los defensores del bosque siguen encaramados en lo alto de los secuoyas. Hoy juegan los Trail Blazers contra los Lakers.*

Aprendí pronto todo el asunto de las apuestas y de las quinielas en el frontón y me convertí en el primer chino feliz que los jóvenes pelotaris se encontraban al desembarcar en Macao, acojonaos, idónde se habían metido! Alguno no llegaba a los 18 años. Con los años me eligieron intendente del frontón, esto es el que programaba todos los festivales de pelota que se celebraban en el Jai Alai. Cuando cumplí cuarenta años mi prima se casó con un pelotari y aproveché el pasaporte portugués para dejar a Vasco Rocha Vieira haciendo la transición convergiendo en la China de Deng Xiao Ping y de Tianamen.

*Llegamos a San Francisco. Terremoto a la vista.*

Tras una estancia breve subiendo el tranvía de la Alfama y de beberme cántaras de *vinho* verde escuchando fados con *bacallau* en las tabernas lisboetas, instalé mi oficina de detective en la entreplanta del restaurante la Muralla Feliz de la calle Cava de

Madrid. Mis casos tenían que ver con los tostadores de Cds y el estraperlo de aletas de tiburón. Recuerdo un turbio asunto que sucedió en un sótano donde cientos de manchurianos grababan a destajo el último éxito de mi sobrino Ander Lee Win. Cada vez que introducían el disco en el Toast 5.1 se despeinaban. Cuando no quedaba más laca para atusarse el cabello me llamaron. No encontré la solución, pero sí el cadáver de un tipo con la camiseta de los Pumas argentinos y la espalda quemada con las planchas de alisar el pelo. Llamé al CSI de Chueca para que se hicieran cargo. Yo me refugié detrás de un cerdo agridulce y dije, ahí os quedáis.